

PALABRAS PRELIMINARES

Nicolás Shumway, en su título *La invención de la Argentina*, se acoge a una imagen de especial osadía para reflexionar acerca de las ficciones orientadoras con las que los pensadores argentinos, una vez cumplida la Revolución del 25 de Mayo de 1810, aventuran sus definiciones sobre la identidad nacional. Inventar la Argentina supone mapear el territorio, delimitar sus fronteras y consensuar aquellos rasgos de pertenencia que permitan a sus miembros reconocerse como parte de una misma comunidad. En palabras de Benedict Anderson, al levantar sus límites y su soberanía, toda nación propone a sus ciudadanos una sociedad imaginada, «porque aun los miembros de la más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión» (Anderson 1993: 23).

Entre los primeros intelectuales en imaginar la nación argentina se encuentra el joven Juan Bautista Alberdi, que irá perfilando sus ideales acerca de la acción civilizadora de Europa a partir del diálogo con el resto de contertulios del Salón Literario¹. Algunos años después, y como resultado de la síntesis y el ordenamiento de su pensamiento político, Alberdi publicará las *Bases* (1852) para brindar un modelo de país basado en el comercio libre, la industria y el impulso de la inmigración como principales agentes de progreso. «En América, todo lo que no es europeo es bárbaro» (Alberdi 1915:

¹ La influencia italiana en el pensamiento de la Generación del 37 fue notable pues, tal y como demuestran las investigaciones de Olsen A. Ghirardi (2004), tanto Pedro de Angelis, napolitano reclutado por Bernardino Rivadavia en París e intelectual rosista, como Giovanni Battista Cuneo, periodista y difusor del ideario mazziniano en Brasil, participaron con frecuencia en las tertulias del Salón Literario. Otra evidencia de la impronta del pensamiento italiano en el nacimiento de Argentina como nación independiente es la revista *Joven Italia*, fundada en Marsella por Mazzini en 1831 y en cuyos principios republicanos se inspira la revista *Joven Argentina*. Alma Novella Marani (1985) también rastrea la difusión del ideario mazziniano en el Río de la Plata.

77) dejará escrito en sus páginas, en las cuales la importación europea de «elementos ya armados y preparados» —preferentemente anglosajones, alemanes y suizos— se concibe como la vía para garantizar que la América desierta del interior se transforme en un espacio opulento de civilización (Alberdi 1915: 82). A partir del lema dominante de su ideario político («gobernar es poblar») y a lo largo de los próximos cien años, el extranjero pasará a detentar un lugar central en la agenda política nacional.

El modelo de país europeo promovido por los intelectuales románticos será adoptado por Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880), durante cuyas presidencias se inaugura la primera etapa de una larga y controvertida política inmigratoria; se trata de un momento especialmente propicio para los extranjeros que desembarcan en el país, puesto que encuentran el amparo de la Constitución de 1853, que les otorga los mismos derechos civiles que a los argentinos². Detrás de tal marco legislativo, asoma el diagnóstico de Alberdi según el cual la vastedad del desierto y su magra demografía ponen en duda el carácter nacional de la República: «Con un millón escaso de habitantes en un territorio de doscientas mil leguas, no tiene de nación la República Argentina sino el nombre y el territorio» (Alberdi 1915: 120)³.

² El artículo 25 establece: «El Gobierno federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes». La Constitución de 1853 se compromete, además, a dictar planes de instrucción general y universitaria, promover la industria, construir ferrocarriles y canales navegables, así como a colonizar las tierras de propiedad nacional. Dado que para la realización de tales planes resulta necesario incentivar la inmigración, las leyes allí recogidas ofrecen condiciones óptimas para el arraigo de los extranjeros que, tal y como dicta el artículo 20, «gozan en el territorio de la Confederación de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias».

³ Al respecto, concluye Beatriz Sarlo: «El viaje romántico o el exilio habían enfrentado a Echevarría, a Alberdi, a Sarmiento con las grandes capitales del siglo XIX, donde habían adquirido una certeza cultural y política: a este vacío sudamericano había que llenarlo con la importación de trabajadores más aptos que el criollo [...]. El tema del poblamiento es una ob-

Ante la pampa «vacía», Sarmiento se ve impelido por la idéntica tarea de inventar a través de la escritura, como sugiere el título de Halperin Donghi, «una nación para el desierto» (Halperin 1982)⁴. Es así como empieza a forjarse la imagen de la «república verdadera»: gobernar significa, también para Sarmiento, vencer al desierto y, para ello, Europa tendrá que irradiarse por el *hinterland* argentino: ferrocarriles, barcos y telégrafos han de penetrar en el interior del país, las provincias comunicarse entre sí a través de una vasta red de caminos, las ciudades propagarse por todo el país y los demás puertos reproducir el modelo cosmopolita de Buenos Aires⁵. Tales premisas, que desdénan los elementos de la tradición indígena, van a dirigir el rumbo político de las siguientes décadas: la convicción de que el progreso no vendría de los habitantes «bárbaros» del desierto y de la pampa sino de mano de los contingentes europeos —supuestamente blancos, laboriosos y cultivados— llevará a los puertos sudamericanos a abrir sus barreras ante las avalanchas inmigratorias que cruzan el Atlántico a partir de los años setenta⁶.

sesión ideológico-política: Alberdi la piensa como condición y Sarmiento no ha hablado sino de eso, buscando un modelo de cultura deseable frente a una cultura indeseable y bárbara» (Sarlo 2007: 26).

⁴ Recuerda Beatriz Sarlo que Sarmiento, de manera parecida a Alberdi, dedica las primeras décadas de su vida pública a inventarse una Argentina a través de la escritura, puesto que la Confederación gobernada por Rosas no era todavía «una nación, ni un estado, ni una patria» (Sarlo 2007: 18). Se trata de una idea sugerida también por Halperin Donghi, para el que la excepcionalidad del proceso argentino tiene que ver con «la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su suprema clarividencia» (Halperin 1982: 8).

⁵ Una de las diferencias más evidentes entre el pensamiento de Alberdi y el de Sarmiento es que, mientras el primero defiende el modelo europeo de civilización, el segundo, tras haber realizado varios viajes internacionales, considera que la emulación habrá de realizarse a partir del ejemplo norteamericano, tal y como queda constatado en la apasionada celebración de los Estados Unidos contenida en su obra *Argirópolis* (1850). Para una reconstrucción detallada de ambos modelos y un comentario sobre los conflictos entre ambos intelectuales, véanse María Rosa Lojo (2009) y Halperin Donghi (1982 y 2004). Este demuestra que el nuevo rumbo de la política nacional trazada por Sarmiento «rivaliza en precisión y coherencia con la alberdiana, a la que supera en riqueza de perspectivas y contenidos» (1982: 44).

⁶ Fernando Devoto recuerda que el rol civilizatorio asociado al inmigrante en la sociedad argentina se plasma en la obra de Alberdi, «pero también en la Constitución de 1853 y en la ley de inmigración y colonización de 1876. Esta última daba una definición de inmigrante

Casi sin excepciones, el delineamiento de un arquetipo de civilización arrastra tras de sí a su contrario bárbaro: en Argentina, el avance de las razas caucásicas procedentes de ultramar iba a implicar el repliegue forzoso del indio y el gaucho, condenados a extinguirse en los confines últimos de la patria. El binomio civilización/barbarie se vuelve a partir de entonces el rótulo más operativo del ensayo nacional, por el empleo constante que hacen del mismo los intelectuales a la hora de interpretar los sucesos de la historia argentina⁷. La versión literaria del mito liberal civilizatorio va a encontrar anclaje también en el terreno narrativo, donde son frecuentes los episodios protagonizados por inmigrantes prósperos, como los captados por Francisco Grandmontagne (1933), o por modelos de honra y bondad, como sucede en *Bianchetto* —novela de Adolfo Saldías—, cuyo personaje principal es un huérfano genovés que embarca hacia Buenos Aires, donde asumirá las mejores costumbres nacionales, medrará honestamente y colaborará en el progreso de la nación⁸.

que servía para delimitar quiénes tenían derecho a los beneficios que ofrecía el Estado argentino. En sus términos, inmigrante era el europeo, aunque ello estaba dicho con un eufemismo» (2003: 30). El artículo 12 de la ley estipulaba: «Repútase inmigrante, para los efectos de esta ley, todo extranjero que llegase a la República para establecerse en ella, en buques de vapor o vela».

⁷ Así sucede, por ejemplo, en la obra de Sarmiento *Facundo. Civilización y barbarie* (1845) —texto monumentalizado y altamente ideologizado en las siguientes décadas, según apunta Noé Jitrik en su prólogo a la obra (1977)—, donde se indaga en la relación que media entre el hombre argentino y su geografía. En el caso del desierto pampeano, cuyas únicas formas de vida asociativa son las montoneras y las pulperías, al individuo que allí se engendra le corresponde el prototipo del «gaucho malo». El caudillo, por tanto, constituye, a ojos de Sarmiento, el ejemplar natural de esa planicie regida por «el predominio de la fuerza, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad, la justicia administrada sin formas» (Sarmiento 1977: 27).

⁸ *Bianchetto*, ante la pregunta «¿Qué es América?», responde: «América es una espléndida promesa que se brinda a los hombres de todas las latitudes» (Saldías 1896: 7). En distintos pasajes de la novela asoma el mito de la Argentina como crisol de razas: «Bianchetto acariciaba el embrión de una idea grandiosa, originaria de las tierras que bañan el Río de la Plata: la de asimilar y confundir por la esperanza en el progreso, por el esfuerzo común, por las vinculaciones de la sangre y por el sentimiento en la solidaridad nacional, a los hombres de todas las latitudes, por humildes y desheredados que sean, que habitan la República Argentina» (Saldías 1896: 314). Otra encendida defensa del inmigrante la encontramos

Sin embargo, a los pocos años de comenzar los desembarcos masivos, el imaginario argentino, según el cual la equivalencia inmigración = civilización era categórica, muestra los primeros signos de un viraje radical: la imagen del inmigrante europeo, con la que habían fantaseado las élites criollas, no se correspondía con el tropel de campesinos y artesanos, en su gran mayoría pobres y analfabetos, que se apiñaban en los conventillos de las ciudades argentinas⁹. La emergencia de nuevos códigos ideológicos en los que se cifran las limitaciones del proyecto liberal, el cambio de paradigma que traduce la política oficial de repoblamiento en una suerte de invasión indeseada y el desvanecimiento, entre los emigrados, de la imagen de América como tierra de promisión constituyen algunas de las tensiones que recorren la Babel del Plata al final de la centuria. La crisis económica del noventa evidencia, más aún, el movimiento de rotación que empieza a desligar los términos de civilización y barbarie de sus significados originarios; al adquirir características masivas, el mismo Alberdi, en un gesto de enmienda, advierte acerca de la inmigración: «poblar es apestar, corromper, embrutecer, empobrecer el suelo más rico y más salubre, cuando se lo puebla con inmigraciones de la Europa más atrasada y corrompida» (Alberdi 1983: 27)¹⁰.

en el texto de Francisco Grandmontagne *Los inmigrantes prósperos*, que narra el paso del extranjero de «proletario a propietario» (1933: 6), gracias al apego y al trabajo de la tierra. A propósito de la inmigración italiana, el autor escribe la siguiente nota periodística: «los brazos italianos han sido los principales impulsores del progreso de la agricultura. A ellos siguen los rusos, sobre todo en la floreciente provincia de Santa Fe. Los numerosos hijos de Italia que labran el fértil suelo argentino son laboriosos, activos, emprendedores» (Grandmontagne 1928: 45).

⁹ Vanni Blengino sostiene que, en la tradición cultural argentina, existió una corriente de pensamiento que contrapuso al inmigrante «teorizado», es decir, aquel imaginado por los padres del liberalismo, el inmigrante real. Donde se esperaban anglosajones y protestantes desembarcaron italianos, españoles, judíos, irlandeses y turcos (Blengino 2005: 32).

¹⁰ Un aspecto que preocupa de manera particular a Sarmiento, ferviente defensor de la cohesión idiomática, es la perversión lingüística provocada por el irrumpir de dialectos de orígenes tan diferentes en las costas rioplatenses. Por ello, en su escrito *Condición del extranjero en América*, advierte de la necesaria argentinización del extranjero y de los excesos del proyecto liberal (Sarmiento 2001).

De esta manera, el extranjero va a ser desplazado de su antiguo lugar privilegiado por los discursos de la Generación del Ochenta, cuyos modos de representación —forjados desde la ficción pero también desde los moldes científicos— empiezan a exhibir los primeros síntomas de un contagio que lo aproxima a su contrario bárbaro¹¹. Según Jorge Salessi, el higienismo ha de situarse entre las disciplinas científicas que resultaron particularmente eficaces durante el proyecto argentino de modernización entre 1870 y 1900; en esos años, las élites políticas e intelectuales acudieron a los discursos higienistas para teorizar nuevas prácticas de exclusión social con el fin de salvaguardar el ejercicio de la dirigencia del país de la avalancha inmigratoria¹². A los mecanismos deslegitimadores del extranjero se suman los estereotipos puestos en circulación por las «ficciones somáticas» —tal y como las define Gabriela Nouzeilles (2000)—, que alzan la voz en contra de la «inmigración

¹¹ Jitrik recuerda que la Generación del Ochenta está integrada por numerosos escritores de la élite intelectual y conservadora, entre los que se encuentran Miguel Cané, Julio Mansilla, Eugenio Cambaceres, José María Ramos Mejía y Eduardo Wilde. En la descripción del crítico, estos intelectuales pertenecen a una clase culta, distinguida en sus modales, admiradora de las modas francesas, habituada a reunirse en el Club —último baluarte del viejo núcleo criollo frente a la inmigración— y representante de una especie de despotismo ilustrado (Jitrik 1982: 65-75).

¹² Entre sus representantes, Salessi dedica una atención especial al médico, político y escritor José María Ramos Mejía, fundador de la política higiénica nacional y presidente del Departamento Nacional de Higiene. Otra, entre las personalidades que merecen destacarse, es la del higienista y político Guillermo Rawson, quien, en su *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*, postula la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los conventillos para evitar «emanaciones mórbidas» (Rawson s. f.: 31) y terminar así con las «migraciones golondrina». En su investigación, Salessi constata la contribución de los higienistas al desarrollo de una sociedad disciplinaria y reflexiona, en un plano más amplio, acerca del papel de la medicina en la configuración de un modelo defensivo de nación. El autor, a partir del estudio de las teorías higienistas, da cuenta de la progresiva identificación del inmigrante que habita en esos espacios marginales con los agentes patógenos, las bacterias, sobre los que aplicar las medidas de profilaxis social (Salessi 1995). De las otras investigaciones que rastrean la deliberada construcción de nexos entre inmigración y criminalidad, inmigración y enfermedad, inmigración y locura, destacan las de Hugo Vezzetti (1985), Gabriela Nouzeilles (2000), Thomas Anz (2006), Lila Caimari (2007), Florencia Partenio (2008-2009) y Pablo Ansolabehere (2011).

inferior europea»¹³. Títulos como *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich, *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887), de Eugenio Cambaceres, *Carlo Lanza* (1890), de Eduardo Gutiérrez, y *La Bolsa* (1890), de Julián Martel, forman parte del canon de las escrituras antiinmigracionistas de fin de siglo que incorporan a sus tramas la encarnizada xenofobia de sus autores¹⁴. Entre las razones primordiales que subyacen a la nueva conceptualización literaria del extranjero como advenedizo o neurópata podrían mencionarse las siguientes: el desajuste entre el arquetipo ideal del inmigrante y su correlato real, la nostalgia por la aldea bonaerense frente a la congestión de la ciudad moderna¹⁵ y la amenaza de disgregación de los valores nacionales

¹³ En palabras de Nouzeilles, estas novelas «exhortan a sus lectores a tomar medidas para revertir la situación de riesgo. Medidas que coincidirían en la práctica con un tipo de selección artificial que se manifestaría, en el nivel del núcleo familiar, como una política matrimonial basada en la exclusión, y en el macronivel de la nación, como la modificación de la política oficial migratoria» (Nouzeilles 2000: 137). En su estudio sobre las ficciones somáticas, concluye la autora: «el naturalismo fue una máquina policial que colabora abiertamente con los mecanismos directos de segregación que fueron implementándose en las últimas décadas del XIX» (Nouzeilles 2000: 181).

¹⁴ De las novelas mencionadas, cabe destacar los casos más ilustrativos: Genaro Piazza y Dagiore Petrelli, protagonistas de las novelas *En la sangre* (Cambaceres 1984) e *¿Inocentes o culpables?* (Argerich 1933), respectivamente. El primero de ellos encarna al advenedizo, aquel que, marcado por su sangre inmigrante y arrastrando tras de sí una grave e infamante herencia, viene a instalarse en el cuerpo de la nación. Su ambición de ascenso hace del arribista un criminal que, ante el veto que le impone la oligarquía al excluirlo de su Club, opta por transgredir violentamente los límites del cerco de la alta sociedad. Para ello, viola a Máxima, una joven criolla, lo que obliga a la reputada familia de la víctima a aceptar el ignominioso matrimonio. Frente a tal tipología del italiano criminal, en la novela de Argerich se perfila la variante del inmigrante enajenado a través de la figura de Dagiore Petrelli, un «rudo italiano» (Argerich 1933: 3) cuyo único deseo es el de acumular capital. En esta ocasión, la operación de arribismo no prospera, pues el protagonista —un personaje de cerebro atrofiado y sin cultivar— termina encerrado en un manicomio, devastado por el malvivir de los espacios del arrabal.

¹⁵ Entre los escritores que se proponen recuperar esa dimensión perdida de Buenos Aires, haciendo de la nostalgia el leitmotiv de sus relatos, despuntan los nombres y títulos de Lucio Victorio Mansilla, con *Mis memorias: infancia y adolescencia* (1904), Miguel Cané, con *Juvenilia* (1884), y Lucio V. López, que, en *La gran aldea* (1884), expresa su disconformidad ante los vicios de gran ciudad que atraviesan la sociedad bonaerense. El arraigo preferentemente urbano de los inmigrantes es corroborado por Sarlo y Altamirano: «La inmigración llegaría

debido a la obstinación de las colonias extranjeras —en particular de la italiana— por preservar la lengua y las tradiciones de la patria de origen¹⁶. En palabras de Ana Lilia Bertoni:

[A partir de 1890] Se puede advertir, dentro del vasto movimiento patriótico, la constitución de un polo de opinión que manifiesta una concepción esencialista, excluyente y defensiva de la nación. [...] Estas opiniones eran reveladoras de la ruptura del consenso en torno de lo que había sido desde Caseros la concepción liberal y cosmopolita de la nación, expresada en la Constitución Nacional de 1853 y en leyes fundamentales como la de inmigración de 1876 y la de ciudadanía de 1869. Ellas armonizaban con la idea de la nación entendida como un cuerpo político basado en el contrato, de incorporación voluntaria, que garantizaba amplias libertades a los extranjeros y ofrecía tolerancia para el desenvolvimiento de sus actividades, tanto económicas como culturales. Armonizaba también con la experiencia de la inmigración espontánea de pequeños grupos, vistos como los agentes de civilización que posibilitarían la transformación y prosperidad del país. La experiencia posterior a 1880 hizo surgir fuertes dudas acerca de la bondad de aquella legislación, que algunos políticos y hombres públicos comenzaron a calificar de «extremadamente» liberal (Bertoni 2007: 311).

a la campaña en escasa medida. El monopolio de la tierra en manos de grandes propietarios locales obstruiría el proceso de colonización rural y transformaría la radicación del inmigrante en un dato predominantemente urbano. Durante décadas los extranjeros sobrepasarán en número a los habitantes nativos en la ciudad de Buenos Aires y tendrán un papel decisivo en la composición demográfica de las principales ciudades del litoral. Hacia 1910 el fenómeno está en su apogeo» (Altamirano y Sarlo 1997: 166).

¹⁶ Teniendo en cuenta este panorama de cambios, la interpretación que hace Blengino de la literatura que se escribe entre 1880 y 1930 resulta particularmente sugerente para esta investigación. En ella se concluye la naturaleza polimorfa del inmigrante italiano, figura sobre la que los escritores argentinos construyen sus previsiones acerca del devenir nacional a lo largo de varias décadas. El inmigrante, afirma Blengino, no es objeto activo de la propia representación, sino que es observado desde distintos ángulos y convertido en el cuerpo que encarna las discusiones sobre la cuestión inmigratoria. Los estereotipos con que se representa al inmigrante en la literatura de la época, en contra de lo que sugiere buena parte de la crítica, muestran una notable fecundidad: «Gli atteggiamenti riduttivi di buona parte della critica nei confronti di un processo di tale portata, lo immiserivano fino a ridurlo a una caricatura o, quando meno, a una interpretazione a senso unico. La conclusione era scontata: una letteratura tendenziosa aveva sterilizzato questa ricchezza della narrativa e del teatro, appiattendola in pochi stereotipi» (Blengino 2005: 11).

En relación con los italianos, el perfil de los que arriban a Buenos Aires en el último tercio de la centuria difiere sustancialmente de aquel que caracterizó a los primeros protagonistas del periplo transoceánico, pues, como recuerda Ercole Sori (1985), son otras las causas que impelen a la emigración¹⁷. Entre ellas, la principal corresponde a la crisis agraria italiana de 1880, fuente a su vez de diversas motivaciones para la aventura transoceánica, como el bajo nivel del salario agrícola, la desocupación, el excedente demográfico del Mezzogiorno, la reconversión ocupacional de artesanos cuya capacidad profesional se había vuelto obsoleta en el mercado laboral o la expatriación de criminales, también conocida como «deportación dulce»¹⁸. A partir de la condición humilde y analfabeta de esos expatriados, explica Cattarulla, «derivaron aquellos estereotipos del inmigrante italiano que iban a alimentar los prejuicios y la instrumentalización a partir de la inferioridad social y cultural de nuestro grupo comunitario, identificado en su totalidad

¹⁷ Los primeros italianos en desembarcar en las costas rioplatenses lo hicieron entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Camilla Cattarulla (2013) recuerda que, entre aquellos contingentes de ligures y piamonteses, además de comerciantes y marineros, viajaban profesionales contratados por Bernardino Rivadavia, exiliados políticos con los que atracaban en América las ideas de Mazzini y nombres como el de Oneglia Domenico Belgrano, progenitor de uno de los más ilustres héroes del proceso independentista, Manuel Belgrano. Tales antecedentes hacen del caso italiano un «ejemplo atípico de corriente que nace primero como grupo de élite» (Cibotti 2009: 47). La condición letrada de estos emigrados, así como el poder adquisitivo de muchos de ellos, favorecen la emergencia de una prestigiosa y respetada comunidad italiana, cuyas familias se relacionan con aquellas de las élites criollas antirrosistas. La investigadora Grazia Doré es la primera en señalar las características de tal asentamiento italiano en el territorio argentino, evidenciando la afinidad política entre extranjeros y nacionales a través de episodios como la participación de Garibaldi en las batallas de los unitarios contra el gobernador de Buenos Aires hacia 1840. Ya por entonces aparecen varias instituciones étnicas con el cometido de impedir a los inmigrantes desaparecer en el Plata y mantener unidos a los miembros de esa suerte de *Little Italy* en el contexto de ultramar. La tradición de fundar sociedades de socorro mutuo, escuelas italianas y organismos patrióticos va a pervivir también durante la «era aluvional», tal y como documentan Baily (1982) y Devoto y Rosoli (1985).

¹⁸ Franzina (1994) dedica al fenómeno de la «deportación dulce» varios espacios de reflexión en los que recuerda los mecanismos utilizados por el Estado italiano para promover el exilio hacia América de sus trabajadores subversivos. Se trataba de acciones preventivas que incluían la oferta de un pasaporte para viajar a las repúblicas americanas.

con el apodo de *tano*» (Cattarulla 2013: 238)¹⁹. De esta manera, las virtudes asignadas por la élite argentina a los inmigrantes europeos y personificadas por los primeros exiliados de la comunidad italiana a principios del XIX se desdibujan en las representaciones finiseculares que se elaboran del «gringo». Este, en el lapso de algunos años, pasa de ser un agente de civilización a concebirse, según escribe Mejía en 1899, como un individuo «amorfo y protoplasmático», «embrional y palurdo», destinado a civilizarse en Buenos Aires.

Al igual que desde América se fabrican imágenes acerca de los hombres que habitan el continente europeo, también los emigrantes nutren desde sus países de origen el imaginario sobre la realidad americana²⁰. Junto con una variada literatura de emigración —desperdigada en cartas, autobiografías, crónicas y otros textos de naturaleza híbrida— surgen guías y manuales dirigidos al italiano que decidiera radicarse en el extranjero²¹. El escrutinio de tal bibliografía ha permitido a Diego Armus rastrear el mito de América como tierra prometida para muchos emigrantes y dar con los testimonios sobre los que se fundamentaba tal imaginario utópico²². El estudioso advierte que, si aún en 1870 esas guías siguen delineando a la Argentina con un trazo idílico —«océanos de hierba, florestas tropicales, montañas de hielos eternos, gigantescos ríos y campos donde se pierde la imaginación y la vista» son algunas de sus características—, a partir de principios de siglo, las descripciones de las maravillas americanas van a clausurarse (Armus 1983: 15). En contraposición a los escenarios exuberantes, las estampas desmitificadoras irrumpen como argumentos habituales de la retórica antiemigracionista italiana.

¹⁹ La traducción del italiano es mía. En cuando al gentilicio *tano*, recordemos que procede del acortamiento de *napolitano*.

²⁰ Algunas de las primeras representaciones del emigrante italiano en Argentina son las recogidas por Edmondo de Amicis, cuyas obras *In America* (1897) y *Cuore* (1886) son centrales para la construcción del canon de la literatura de emigración, un fenómeno estudiado por Emilio Franzina (1992 y 1996), Sebastiano Martelli (1994 y 2010), Camilla Cattarulla (2003) y Fernanda Elisa Bravo Herrera (2015), entre otros.

²¹ Por lo que respecta a la tutela del emigrante, la primera ley italiana específica en materia de emigración es la Ley Crispi de 1888. Para una revisión de las medidas legislativas adoptadas por el Estado italiano relativas a la salida de emigrantes, véase Migliazza (1983).

²² El estudio de Diego Armus se basa, entre otros, en el *Manuale dello emigrante italiano all'Argentina*, escrito por Arrigo de Zettiry y publicado en 1913 en Roma.

De hecho, la misma oposición que divide a los pensadores argentinos entre partidarios y detractores de la inmigración tiene su anclaje también en Italia, como demuestra el amplio corpus rescatado por Fernanda Elisa Bravo Herrera. Tras escrutar los frentes ideológicos en pugna en el contexto de partida, sostiene:

El antiemigracionismo, sostenido por los terratenientes y ruralistas, por los nacionalistas y socialistas, trataba de frenar la hemorragia, el éxodo, por medio de estrategias de manipulación basadas en la desmitificación de América, en la exaltación de Italia, en la estética del luto y la autocompasión. [...] Los proemigracionistas apoyaban el desarrollo de una emigración tutelada y dirigida que se configurara como expansión, conquista y colonización de territorios por parte de Italia. La regeneración de la emigración y la heroicidad de los emigrantes, colonos-pioneros, implicaba una instrumentalización en la política internacional y la reafirmación de la superioridad y grandeza de Italia (Bravo 2015: 335).

Del otro lado del Atlántico, la inquietud de las élites ante las consecuencias imprevistas del proyecto liberal seguía creciendo; el camino de la integración para los miles de inmigrantes que atracaban diariamente en los puertos argentinos se hacía cada vez más difuso, puesto que el afán de los recién llegados era el reproducir, en el país de acogida y junto con sus compatriotas emigrados, las formas de vida de sus comunidades originarias: apegados a sus dialectos y costumbres traídas de ultramar, celebraban sus festividades nacionales, publicaban sus periódicos y mantenían los lazos comunitarios a través de una intensa vida asociativa²³. Frente a la multitud desordenada de la inmigración, que en los años de entresiglos empieza a abrirse paso en las

²³ Las reticencias de las élites se encarnizan de un modo especialmente severo con los italianos, que constituían el 70 % de todos los inmigrantes. Este hecho es referido por Devoto a través de la política de billetes financiados por el Estado, destinada a dirigir hacia determinadas regiones los flujos inmigratorios entre 1887 y 1890, y de la cual es excluida la comunidad italiana: «Los italianos eran para muchos un grupo no preferido no solo por razones culturales y económicas, sino por el hecho de que parecían haberse convertido en una amenaza dado su número, su poca disposición a integrarse, la fortaleza de sus instituciones étnicas y su presencia pública organizada en manifestaciones y mítines para celebrar a sus héroes, Mazzini y Garibaldi. Las desconfianzas hacia los italianos se acentuaban también ante el temor de que existiese una política imperialista de Italia hacia sus “colonias” libres» (Devoto 2003: 254).

estructuras económicas del país de acogida, a propagar la ideas anarquistas y socialistas llegadas de Europa y a participar en las nacientes asociaciones obreras, las familias criollas sentirán contenidos sus tradicionales espacios de poder y estrecharán cada vez más sus filas²⁴.

Antes del cambio de siglo, Buenos Aires es ya una ciudad de inmigrantes. Si en 1869 apenas dos millones de personas habitaban el país, en 1895 su población se había duplicado, siendo su tercera parte extranjera y la mayoría de esta de procedencia italiana²⁵. El cocoliche, el yiddish, el español y el francés convivían con el turco, el ruso y el polaco en las calles de Buenos Aires que, a partir de entonces y durante décadas, será reconocida como la Babel del Plata²⁶. ¿Qué impulsaría entonces a los inmigrantes, que mantenían su lengua, conservaban los hábitos de la *patria lontana* y gozaban de los mismos derechos que los argentinos, a inmiscuirse en la vida política

²⁴ Durante la Argentina oligárquica (1880-1916) —identificada por José Luis Romero como la República Liberal— se construyen las bases de la nación moderna, que tendrá como principal defensora a una minoría dirigente que apoyaba el programa Paz y Administración, formulado por el presidente Julio Roca. Bajo tal lema, Noé Jitrik lee el interés de la élite criolla por afianzar su *statu quo*, puesto que la creación de la Liga de Gobernadores, integrada por los principales grupos político-económicos del país, significa «el punto de partida para la configuración de la oligarquía y que reposa sobre tres o cuatro realidades: la propiedad terrateniente, la ganadería, la estrecha vinculación con Europa y el culto al progreso indefinido» (Jitrik 1982: 36).

²⁵ Hebe Clementi contrasta el hecho de que la mayoría de los inmigrantes procede de Italia a través de los datos de tres años ilustradores: 1869, en que desembarcan 28.959 inmigrantes de ultramar, de los cuales 21.149 son italianos; 1870, con 30.898 desembarcos, entre los que 23.101 son italianos; 1871, con 14.521 llegadas, que incluyen a 8.172 italianos (Clementi 1984: 65).

²⁶ En relación con el cocoliche, Alejandro Patat explica que se trata de «una variedad híbrida que no encaja en la definición del pidgin o de la lengua franca. [...] Las fronteras entre el italiano y el español se tornan difusas en la interlengua del hablante de cocoliche, que no se percató de la interferencia de una lengua sobre la otra y de su recíproca contaminación [...]. Es digno de destacar que entre las distintas situaciones de contacto lingüístico coexistentes en Argentina durante el periodo migratorio, el cocoliche fue el único sistema lingüístico que recibió un nombre específico y que se utilizó como vehículo lingüístico de una literatura popular, ya sea narrativa (el *feuilleton*) que teatral (el sainete y después el grotesco), en la cual las limitaciones impuestas por la lengua son tematizadas como obstáculos comunicativos y símbolos del fracaso social» (Patat 2012: 44). La traducción es mía.

y cultural de la república sudamericana? Las palabras de Gino Germani al respecto son relevadoras cuando escribe que el sentimiento de pertenencia a una nación y la transferencia de lealtades se produce simultáneamente con formas plenas de participación política; es decir, los inmigrantes devienen parte integral de una nación «a medida que el proceso de la nueva sociedad los envuelve no solamente como instrumentos sino como ciudadanos» (Germani 1979: 124).

En tal desinterés frente al devenir histórico del país por parte de los europeos convocados a repoblarlo radicaba una de las preocupaciones más apremiantes de Sarmiento: «la realidad había respondido al ideal alberdiano con una república de habitantes que desdeñaban el rol de ciudadanos» (Cibotti 1990: 13). Ante la promiscuidad lingüística y cultural, se preguntaba el expresidente en 1881: «¿Qué es eso de educar italianamente a los hijos?». Pocos años después, la Ley 1.420 de Educación Común (1884) iba a emprender la nacionalización de los hijos de los inmigrantes: la educación universal, laica y obligatoria se convertiría en el instrumento para asimilar a los recién llegados, desvinculándolos de su pasado imigratorio. Con una escuela de ciudadanía, los hijos de los extranjeros aprenderían «a ser argentinos» y abandonarían las dinámicas de sus guetos culturales²⁷.

La puesta en circulación de una renovada concepción cultural y política se debe, en gran parte, a la labor programática de un conjunto de personalidades, entroncadas en la mayoría de los casos con distinguidas familias criollas del interior. Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones²⁸ se

²⁷ Las escuelas de la colectividad italiana se encontraban en plena declinación ante la competencia de la escuela pública y por los problemas financieros de las asociaciones mutuales que las sostenían. Si, para comienzos de la década de 1880, los alumnos de las escuelas italianas eran alrededor del 20 % de toda la población escolar de la ciudad de Buenos Aires, en 1895 había descendido al 5 % (Devoto 2003: 280). Otra vía clave para la construcción de la nacionalidad fue el servicio militar obligatorio implantado en 1901.

²⁸ Sus distinguidos perfiles parecen coincidir con los que Estanislao Zeballos había trazado en su *Descripción amena de la República Argentina* algunos años atrás y a propósito de los viejos criollos: «Perteneían a la ciudad antigua, la de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores, la de la aristocracia de raíz de conquistadores y colonizadores españoles, contrapuesta a la ciudad nueva, reciente, extranjera, iba a decir italiana: la de los tenderos, carboneros, revendedores, mercachifles, marineros y calafates que festonean el puerto» (Zeballos 1883: 123).

atribuyen el papel civil de fundadores de lo nacional, dando origen a la que Fernando Devoto ha llamado la «primera generación nacionalista» (2006: 49), caracterizada por una directriz marcadamente cultural²⁹. Al ofrecerse como alternativa ante los agentes del desorden y la heterogeneidad reinantes, estos intelectuales participan en la formación de la tradición argentina a través de una labor compleja: la búsqueda de las esencias nacionales, en el plano teórico, y la elaboración de medidas concretas de argentinización, en el práctico. La empresa intelectual desarrollada por Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* —uno de los textos paradigmáticos del periodo— gira en torno a una tesis central: la educación del ciudadano, en concreto, su formación histórica, debe tener como principal objetivo el afianzamiento de su conciencia nacional³⁰. La argumentación de Rojas, además de rechazar el «materialismo dominante» a favor de una reconversión espiritualista del «alma de la nación», insta a una reforma de la enseñanza de la historia en las instituciones educativas. «Imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y las Humanidades» (Rojas 2010: 222) significa garantizar la integración de los recién llegados, evitar la propagación de otros nacionalismos en el seno de la República, disciplinar y homogeneizar a la masa heterogénea esparcida por la nación y restaurar los rasgos genuinos del territorio y del carácter argentinos. La propuesta reformista de Rojas queda sintetizada en las siguientes líneas:

Esta manera de nacionalismo quiere, tanto como lo querían Alberdi o Sarmiento, campeones del cosmopolitismo, que vengan [de Europa] sus capitales,

²⁹ Con relación al nacionalismo cultural, Jean Delaney (2002), que insiste en el movimiento de ruptura de este frente al materialismo positivista decimonónico, identifica dos engarces de parentesco. Por una parte, dispone entre sus inspiradores a Rubén Darío y a Enrique Rodó, pues modernismo y arielismo se encuentran en el origen de la formulación del nacionalismo cultural. Mientras que, a través del nicaragüense, los nacionalistas argentinos se acercarían a la herencia española y al mito de la raza, a través del uruguayo, darían cuenta de los peligros del cosmopolitismo y harían gala de un sentimiento minoritario, aristocrático y espiritualista. Por otra parte, Delaney hace del nacionalismo cultural de 1910 un eslabón en la formación del nacionalismo autoritario de los años treinta, en vista del manejo de ciertas categorías raciales como constitutivas de lo nacional.

³⁰ Para una visión exhaustiva del pensamiento nacionalista de Rojas, véanse *Blasón de Plata* (1921) y *La Argentinidad* (1916).

sus hombres y sus ideas. Pero quiere que una hábil política económica radique en el país el mayor beneficio de esos capitales. Quiere que el hijo del inmigrante sea profundamente argentino, por el discernimiento cívico que le dé *nuestra educación*; que razone su patriotismo; [...]. Quiere que el espíritu argentino continúe recibiendo ideas europeas, pero que las asimile y convierta en sustancia propia, como lo hace el britano glotón con la carne de las ovejas pampeanas. Quiere que el hijo del italiano no sea un italiano, ni el hijo del inglés un inglés, ni el del francés un francés: a todos los desea profundamente argentinos. Quiere que la educación nacionalista sea el hogar de esa concepción (Rojas 2010: 222).

Por su parte, Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* —otro texto de balance ante el Centenario— condensa el clima de la época y realiza un diagnóstico de los males de la patria a partir de una oposición de orden temporal entre «pasado heroico y presente caído» (Gálvez 2002: 37). De sus páginas, que apelan a una reconquista espiritual del país, procede el lema «gobernar es argentinizar», que invierte y se impone sobre el vetusto «gobernar es poblar» alberdiano. A su vez, para Gálvez, argentinizar equivale a hispanizar, puesto que los valores criollos previos a los disgregadores extranje-rismos se aglutinan en torno a la tradición castiza y a su impronta colonial. En contraposición con el argentino honrado de las comarcas montañosas —«mezcla de la raza española y de las razas indígenas» (2002: 130)—, Gálvez denigra al inmigrante «superficial» del litoral, al buscador de fortunas, cuyas acciones y sentimientos «convergen en un solo fin: el dinero» (Gálvez 2002: 143). En las páginas de mayor inquina, Quiroga —*alter ego* de Gálvez— exhorta a la expulsión de tales agentes del vicio cuando, además, se comportan como «apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionalistas»³¹. Buenos Aires —concebida como una ciudad fenicia en

³¹ Merece destacarse el siguiente párrafo en que Quiroga, en fecha de 16 de mayo de 1910, escribe en las páginas de su *Diario* acerca de la estrecha relación entre los atentados anarquistas y el exacerbarse del sentimiento nacionalista, demostrando la correlación de recíproca causalidad que media entre ambas fuerzas sociales: «Y finalmente, si bien no es en realidad “el patriotismo del noble pueblo argentino” lo que se sintió indignado por los planes anarquistas sino nuestra inmensa vanidad de fiesta y ostentación ante los extranjeros visitantes, esas violencias han socavado un poco el materialismo del presente, han hecho nacer sentimientos nacionalistas [...]. Lo único sensible es que los anarquistas no hayan tirado una bomba en cada capital de provincia. La reacción hubiera sido entonces tan formidable, los ideales patrióticos habrían

manos de mercaderes y anarquistas— es cercenada del cuerpo nacional, cuyo espíritu originario queda al amparo de las provincias del interior³². Bajo tal perspectiva, el fracaso completo del proyecto liberal se vuelve rotundo:

Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de europeizarnos. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos bárbaros y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres civilizados. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas a esas multitudes de gentes rústicas que debían de influir tan prodigiosamente en nuestra desnacionalización (Gálvez 2002: 116).

También Leopoldo Lugones participa con especial virulencia en la batalla contra las invasiones disolventes y, por ende, en la construcción del entramado simbólico necesario para la creación de una consensuada tradición

brotado tan potentes, y los sentimientos nacionalistas habrían exaltado tan intensamente a nuestro pueblo, que los anarquistas, salvando al país contra su voluntad, casi merecerían el sincero agradecimiento de la nación» (Gálvez 2002: 201-202). En palabras de María Teresa Gramuglio, la violencia —tópico central en el *Diario*, en el que quedan legitimados una serie de ataques contra periódicos anarquistas y socialistas— «es, para Gabriel Quiroga, una forma de restaurar las energías adormecidas», necesaria «para volver a producir aquel sentimiento de unidad nacional perdido» (Gramuglio 2000: 78). Es preciso recordar aquí el futuro apoyo de Gálvez al nacionalismo autoritario de la Década Infame así como sus asiduas colaboraciones con diarios fascistas como *Il Mattino d'Italia* en los años treinta.

³² En palabras de David Viñas: «Es que si las ciudades del proyecto liberal latinoamericano del 1850 habían sido consideradas como “Atenas” posibles e idealizadas, a lo largo de medio siglo de realización de sus programas, se trocaron en “Sodomas” degradadas en términos morales y edilicios, o en “Babilonias” multitudinarias y agresivas» (Viñas 2009: 17). Por su parte, añaden Sarlo y Altamirano: «Es el inmigrante el agente fundamental de esta decadencia estético-moral que corroe el espíritu de la patria. Pero no está todo perdido, sin embargo. Frente a esta sociedad de mercaderes, Quiroga descubre el refugio del alma nacional allí donde “no ha penetrado la civilización contemporánea”: las provincias del interior. [...] Gabriel Quiroga procesa así los tópicos de moda del nacionalismo, la xenofobia y el antiliberalismo, en el molde de una ideología esteticista» (Altamirano y Sarlo 1997: 193). Otros estudios que merecen destacarse son los de María Teresa Gramuglio (2002) y Fernanda Elisa Bravo Herrera (2013).

nacional³³. Dentro de este marco de elaboración de los mitos de origen, se inscribe su relectura del *Martín Fierro*, convertido en poema épico y texto fundador de la literatura argentina a partir de las conferencias dictadas en 1913 en el Teatro Odeón y editadas tres años más tarde bajo el título de *El Payador* (1916)³⁴. Es en esa ocasión donde la inversión del binomio civilización y barbarie extrema su torsión, afianzando su mensaje nacionalista: frente a la «plebe ultramarina» (Lugones 1979: 15), el gaucho, el desierto y la aldea funcionan aquí como anclaje lírico para una imagen renovada de la patria al encarnar sus rasgos esenciales³⁵. El gaucho, sacrificado por la política liberal, se dibuja como el verdadero «héroe y civilizador de la Pampa» (Lugones 1979: 36), aquel que merece ocupar el centro del imaginario literario e histórico argentino desplazando al inmigrante hasta sus márgenes³⁶.

³³ *Didáctica* (1910) constituye uno de sus primeros textos clave sobre la educación que engarza con los ya mencionados de Rojas y Gálvez. Para una mirada minuciosa sobre la figura de Leopoldo Lugones, su labor poética, sus zigzagueos ideológicos, véanse los estudios de Jitrik (1960), Ara (1981) y Sarlo (2007). Según afirma Dobry, en *Didáctica*, Lugones «aún mantenía la fe en que el hijo argentino del inmigrante sería “superior” a sus padres [...]. El hijo del inmigrante ya no tendría sangre italiana o española o polaca: sería depositario del “linaje de Hércules”» (Dobry 2010: 175).

³⁴ En palabras de Edgardo Dobry, «estas conferencias sellaban el pacto entre el escritor y la élite social y política de la república: Lugones proveía a la Nación el relato de una lengua propia, más castiza incluso que la española; una epopeya patria, *Martín Fierro* y el “linaje de Hércules”, que hacía de Argentina el territorio en que la alta tradición grecolatina reemprendía su andadura, al fin liberada del corsé judeocristiano» (Dobry 2010: 18).

³⁵ «La nueva lectura del poema de Hernández no solo fue ocasión para la transfiguración mitológica del gaucho —convertido en arquetipo de la raza—, sino también para establecer el texto “fundador” de la nacionalidad [...]. Si el texto de Hernández contenía el secreto de la nacionalidad, volver sobre él significaba resucitar esa verdad primordial, pero ya no únicamente para evitar que el gaucho simbólico se eclipsara frente a los cambios que el progreso introducía. También para afirmar, a través del mito de origen, el derecho tutelar de la élite de los criollos viejos sobre el país. Derecho que los recién llegados aparecían impugnando» (Almirano y Sarlo 1997: 188). A partir del discurso beligerante de Ayacucho en 1924, Lugones se situará en la primera fila entre los promotores del fascismo criollo del treinta.

³⁶ Así lo expresa Lugones en las páginas de *El Payador*: «No somos gauchos: pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy, tan diferente bajo la apariencia confusa producida por el cruzamiento actual. Cuando esta confusión acabe, aquellos rasgos resaltarán todavía, adquiriendo entonces una importancia fundamental el poema que

El problema inmigratorio unido a las lidias políticas en los años de entresiglos abren un escenario de exasperadas tensiones: en uno de sus frentes, una élite cada vez más arrinconada, que se mantiene en el poder a través del ejercicio del fraude político³⁷; en otro, las fuerzas del socialismo y del anarquismo, que desatan la agitación social entre el proletariado urbano; y, en un tercero, la Unión Cívica Radical, que pretende aglutinar el voto de las engrosadas clases medias³⁸. A lo largo de toda la década del Centenario, distintos episodios de desorden social, reprimidos por severas medidas legislativas, evidencian las fracturas subyacentes a una estructura política en derrumbe: por un lado, la huelga general de 1902, la sofocada Revolución de 1905, la violencia anarquista —el intento de asesinato del presidente Manuel Quintana en el mes de agosto de 1905, el atentado contra el jefe de Policía Ramón Falcón en 1909 y la bomba en el Teatro Colón en 1910, entre los actos violentos de mayor magnitud³⁹—; por el otro, la Ley de Residencia (1902), la Ley de Defensa Social (1910), los destierros, las detenciones y los cinco estados de sitio que se suceden a lo largo de la década. La Ley de Residencia constituye el primer intento legislativo para dotar a la República Argentina de un sistema preventivo en defensa de «los nuevos enemigos del orden

los típica, al faltarles toda encarnación viviente» (Lugones 1979: 50). Esta visión del gaucho entronca íntimamente con la de Rojas, protagonista también de una relectura en clave nacionalista de la poesía gauchesca y partícipe en el proceso de construcción de una tradición cultural para el país. A modo de reflexión sobre la amalgama de razas en Argentina, escribe Rojas: «Ocurrirá con los mestizos de gringo, siendo tan solo tipos de transición, lo que ocurrió con los mestizos de negro. Solo sobrevivirán del alma individual aquellos rasgos que se identifiquen con el alma colectiva» (Rojas 2005: 102).

³⁷ Tanto la reelección de Roca como presidente en 1898 como la elección de Manuel Quintana en 1904 son fruto, según documenta Romero, del fraude político (2013: 121).

³⁸ La Unión Cívica Radical capta las simpatías de «los sectores rurales hastiados de la omnipotencia de los grandes latifundistas, de los enemigos de Roca y de un vasto sector de inmigrantes e hijos de inmigrantes que empezaban a integrarse en la sociedad y a interesarse por la política» (Romero 2013: 123).

³⁹ Las noticias de las bombas y el despliegue policial de 1910 consternan a la Buenos Aires del Centenario que, según retrata Manuel Gálvez, «ardía en millones de luces, deliraba en fiestas jubilosas, se exaltaba en la fiebre de su adolescente energía» (Pellettieri 1980: 28).

social» (Cané 1899: 5)⁴⁰. En ella se impugna la concepción de la Argentina como nación dispuesta a abrir sus puertas a «todo vagabundo o delincuente que no encuentra ya cabida en Europa» (Cané 1899: 11). El nuevo orden penal, al identificar en el anarquismo el agente externo que viene a perturbar el orden de la nación, justifica el carácter de urgencia de la ley, necesaria para «evitar las conmociones que inevitablemente determina, en el cuerpo social, la presencia de ese microbio patogénico» (Cané 1899: 58). Dentro de esa misma línea defensiva, se emplaza el debate previo a la sanción de la Ley de Defensa Social, que supone un nuevo respaldo legal a las teorías que equiparan ideología anarquista y enfermedad. Con relación a esta legislación, Suriano recuerda que prevé para los anarquistas «un régimen de penalidades tan severo como el de los extranjeros, que contempla el destierro en la isla de los Estados y la pérdida de los derechos políticos» (Suriano 1988: 19)⁴¹.

⁴⁰ La Ley de Residencia decreta la posibilidad de expulsar a todo extranjero «que haya sido condenado o sea perseguido por los tribunales nacionales o extranjeros» (art. 1) o cuya conducta «pueda comprometer la seguridad nacional, turbar el orden público o la tranquilidad social» (art. 2). La ley, según Miguel Cané, ha de servir «para evitar que sea con dineros ganados en suelo argentino que se adquirieran las bombas destinadas a matar ancianos, mujeres y niños indefensos, como en el Liceo Barcelona, o los puñales que han de partir corazones tan nobles como el de la emperatriz Isabel o el presidente Carnot» (Cané 1899: 124).

⁴¹ Al respecto, escribe Juan Suriano: «La Ley de Defensa Social, elaborada sobre un proyecto del diputado Meyer González, conservaba los mismos fundamentos de la Ley de Residencia, sosteniendo que el anarquismo no justificaba su presencia en Argentina; su autor, influido por las teorías de Lombroso, no lo trataba como un fenómeno social, sino como un sistema de desviaciones morbosas y perversas de individuos expulsados de sus propios países, cuna de ideas libertarias» (Suriano 1988: 19). El autor, con este artículo, busca esclarecer aquellos factores que, junto con la coerción gubernamental, contribuyen a la desarticulación del anarquismo en Argentina a partir de 1910. Según su perspectiva, la represión desplegada durante los festejos del Centenario lleva a la privación definitiva de las organizaciones libertarias de todas sus herramientas de agitación social, pues, a partir de entonces, el movimiento pierde sus fuerzas y no logra reponerse a la acción continuada de las deportaciones y los encarcelamientos. Las dos excepciones en que la vitalidad anarquista despunta en la década del veinte son la popularísima campaña realizada en las capitales argentinas contra la ejecución en Estados Unidos de los militantes de origen italiano Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, y la escalada de violencia protagonizada por Severino di Giovanni en Buenos Aires. Este será fusilado en 1931 ante el rostro pálido del novelista Enrique González Tuñón, que asiste a la ejecución como periodista de *Crítica*. Para una aproximación a la figura controvertida y

Las turbulentas circunstancias que rodean los años del Centenario apuntan a un inminente desmoronamiento de la República Liberal que se completa con la elección de Hipólito Yrigoyen en 1912, gracias a la reforma promovida por Roque Sáenz Peña que decreta el sufragio secreto y obligatorio. Durante la República Radical (1916-1930), el auge económico y la democratización de la vida política favorecen la movilidad social de los hijos de la inmigración, que empiezan a «abandonar los oficios de sus padres para acceder a los clubes, a las universidades, a los aparatos burocráticos y a las profesiones liberales» (Carbone 2007: 49). Además de médicos, abogados y periodistas, entre estos nuevos actores sociales que acceden al plano histórico de la nación también figurarán escritores, poetas y artistas, tal y como denotan los apellidos italianos de gran parte de los miembros de Boedo, del pintor Emilio Pettorutti o de los directores de la revista *Nosotros*, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti⁴². A medida que descende el número de desembarcos a partir de 1919, las fronteras entre la ciudad del criollo y la de los inmigrantes de segunda generación, expuestos a las medidas asimilacionistas de la educación pública y del servicio militar obligatorio, se vuelven cada vez más porosas⁴³. Los italianos, según la perspectiva de Nascimbene, en 1922 ya se han establecido en todos los niveles socioeconómicos del país excepto en el de la élite terrateniente (Nascimbene 1987: 77)⁴⁴. Es, entonces, en la década del veinte,

contradictoria de Severino, «l'uomo in camicia di seta», emigrado a la Argentina tras el triunfo del fascismo, véase Bayer (1970) y Cattarulla (2009).

⁴² Según Juan Carlos Portantiero, los grupos de Boedo y de Florida «significan ya la presencia de la Argentina inmigratoria: sus integrantes son en muchos casos hijos de gringos; en otros, no, pero el clima espiritual que la inmigración ha ido forjando en la vida colectiva deja su sello en todos» (Carbone 2007: 121).

⁴³ La República Argentina, en los años cercanos a la Semana Trágica, restringe sus políticas de entrada: «De una política liberal se pasó a una política de controles que fueron sistematizados en un decreto de 1923» (Bevilacqua, Clementi y Franzina 2002: 47). La traducción es mía.

⁴⁴ Gino Germani, que reflexiona sobre el papel desempeñado por la inmigración en la transición de la estructura social argentina desde formas primitivas hasta otras más avanzadas e industrializadas, da cuenta de otro hecho importante para nuestro análisis: mientras las tierras quedan en manos de las familias criollas tradicionales, dado que el extranjero en raras ocasiones accede al gobierno del latifundio, la presencia de este último va a predominar en los sectores correspondientes a las estructuras nacientes.

organizada sobre el acoplamiento no siempre armónico de formas heterogéneas, cuando Buenos Aires conoce la irrupción de voces inéditas que, por primera vez y en gesto grupal, se apropian de la palabra poética y narrativa, y dan origen a una escritura de origen inmigratorio sin precedentes en el país⁴⁵. De la manera en que se produce tal incursión del «gringo» en el escenario artístico porteño, del atractivo de cinco autorías invisibles del mapa literario de la época y de su inminente olvido, motivado por la condición barrial, periférica e inmigratoria de sus textos, se tratará en las páginas que siguen.

⁴⁵ Esta inserción del «gringo» en los espacios económicos, políticos, sociales y culturales de la nación argentina —promovida a partir de principios de siglo por medidas asimilacionistas concretas y completada durante el Gobierno radical— explica, en parte, el fracaso de las políticas fascistas en ultramar de los años veinte y treinta. Ilaria Magnani señala la progresiva disolución de los vínculos con la patria de origen, en concreto con la crisis del «sentimiento de pertenencia de una comunidad fragmentada que se reconocerá en sus orígenes regionales pero no en el Estado nacional. Los emigrados no reniegan de su ascendencia italiana pero se definen como argentinos» (Magnani 2006: 174). Newton recoge otros datos que manifiestan el escaso éxito del fascismo a la hora de conquistar adhesiones entre la colectividad ítalo-argentina. El hecho de que menos del 1 % de los italianos de Argentina se enrolaran en el Partido Nacional Fascista encuentra su explicación, según el autor, en dos motivos: por un lado, «la importancia económica y diplomática de la Argentina para los intereses nacionales italianos»; por otro, «el rechazo a Mussolini por parte de la mayoría de los sectores de la élite ítalo-criolla» (Newton 1992: 409).